

LA SEMANA DEL LIBRO

El mundo de los libros es infinito. Además del libro mayor, que antaño usaban los contables, existe el libro blanco, el libro de familia, el libro de reclamaciones, el libro de estilo y están también los libros de ciencias, de humanidades, de ensayos y las novelas con las más variadas historias que el hombre pueda imaginar.

De los innumerables usos que pueden hacerse de los libros destacan los siguientes. Como elemento decorativo con lomos de piel y letras de oro. Como papel higiénico en situaciones apuradas especialmente los de papel biblia. Para encender el fuego de la chimenea. Como artículo de regalo en el Día del Libro. Como arma arrojadiza o, simplemente, para echarlos a la piscina como hacía Umbral en su dacha madrileña. El libro sirve también como elemento de lectura, una curiosa afición que sólo practica el 45% de la población interesada por conocer cualquier tipo de historia.

Desde el principio de los tiempos, el hombre siempre fue un empedernido devorador de historias. Primero las oía de viva voz alrededor del fuego, después en la plaza pública o en un teatro. Luego aprendió a leerlas en los libros y en 1880 llegó el cine y se convirtió en el más popular contador de historias, incluso para los analfabetos.

Este interés por conocer historias es el que mantiene vivos a los hombres. No es necesario que sean historias útiles o reales que casi siempre resultan aburridas, pues sólo cuando pierden la utilidad y la realidad adquieren la magia y el misterio donde radica el verdadero interés de un relato.

Algunos escritores, ofuscados por el éxito de sus libros gracias a las estrategias de marketing de las editoriales, se creen trascendentales y, sentados en el olimpo de la fama, se plantean la escritura como un método de impartir doctrinas, sentar cátedra y pretenden formar conciencias. Estos desvaríos le llevan a la antinovela, que es un auténtico coñazo.

Al igual que el escritor de la tía Julia, el libro necesita de un escritor. La mayor parte de ellos somos una legión de individuos atrapados por el nefando vicio de la escritura. Escribimos más que el Tostado (Alonso Fernández de Madrigal, 1401-1451, obispo de Ávila famoso por la ingente cantidad de obras que dejó escritas). Unos cuando escriben lo hacen sufriendo,

y otros divirtiéndonos con la intención de ver algún día nuestras historias convertidas en libro.

La escritura es juego, la historia es juego. Incluso los filósofos juegan muchas veces con un lenguaje difícil de entender, casi cabalístico, para explicarnos sus teorías sobre el comportamiento de los seres humanos que es, al fin y al cabo, un simple juego de dados, desde que nacemos hasta que morimos. Pura cuestión de suerte.

Todo se reduce a la literatura, donde la imaginación impera de la mano de Borges, Cela, Cervantes, Cortázar, Cunqueiro, Delibes, García Márquez, Vargas Llosa ... El paso de Sartre a Borges supone el paso de la conciencia existencial –esperanzada o agónica– a la conciencia mundana regocijada o lúdica, e incluso con la dosis necesaria de acracia que se necesita para vivir y jugar a los dados.

Las buenas novelas y los libros de ensayo y humanidades, además de enriquecernos y hacernos pensar, nos ayudan a evadirnos, huir, viajar, salir de la aburrida cotidianeidad en busca de la aventura y de la utopía.

José Miguel Borja